

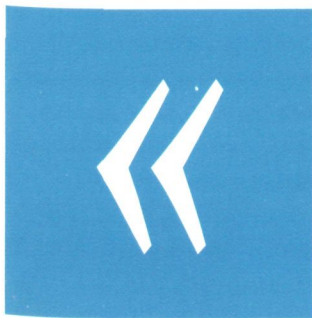


C O N V E R S A C I Ó N C O N

EDMOND JABES

por

ANTONIO PUENTE



Hubo, en otro tiempo, una mano que nos llevó hasta la vida. ¿Habrá algún día una mano que nos lleve hasta la muerte?», escribía el poeta Edmond Jabès en un fragmento de su libro *La mémoire et la main*. La segunda ma-

no —en realidad, simultánea en su primogenitura, paralela, si se tiene en cuenta que, en el tiempo, «el porvenir es el pasado que viene», y que, en el espacio, «toda andadura es el fatal regreso a los orígenes» (E.J.)—, la mano de su pregunta vino, en su caso, de la mano de 1991, en cuyas primeras horas fallecía, a

los setenta y ocho años, mientras dormía la siesta, en su domicilio de París. («La muerte posee la suavidad de la sombra. La sed se contenta con su cama», vino a escribir Jabès en su poema *Las perlas del sudor*.)

Unos meses antes, en coincidencia con la presentación de la publicación en castellano de su largo poemario en prosa *El libro de las preguntas*, Edmond Jabès asistía en Madrid a un congreso sobre su figura, organizado por el filósofo Francisco Jarauta y los poetas José Angel Valente y José-Miguel Ullán, entre otros, y patrocinado por el Instituto de Estética y la Consejería de Cultura de la comunidad madrileña. La mañana de otoño inaugural de aquellas jornadas, el lunes 22 de octubre de 1990, el poeta concedía una larga, reposada entrevista en uno de los salones del céntrico hotel en que se hospedaba.

La magia apócrifa de la hostelería, amancebada con los partes meteorológicos, consigue invertir los espacios superficiales: el oasis es el que reúne ahora el máximo calor —acondicionado— entre sus moquetas, mientras que afuera, en el desierto urbano, cerca del mediodía, hace frío. Los enjambres helados viven intensamente su corta vida de una acera: nacen con la salida del taxi, olisquean obcecados el bloc en blanco y se estrellan contra las compuertas del edificio y el uniforme de espantapájaros edulcorado del conserje. Adentro, en el vestíbulo, aguarda Edmond Jabès, que recibe parsimonioso y reverencial, sin aspavientos, extendiendo su mano enorme y azulada por una red de venas que se entrecruzan. Pañuelo al cuello sobre la chaqueta aséptica y zapatos pardos, terrosos, en el centro de la pronunciada orografía de su cara fulge enjundiosa (la proyección idéntica a su luz) la mirada, provista de una franqueza extemporánea, a la vez contenedora y contenida, participe —según se mire— de la plenitud y el despojo.

Para enterrar el hielo ya roto, sale a relucir esa especie de epitafio de partida con que Jabès ha resuelto sus cruzados, convulsos orígenes: «La primera manifestación de mi existencia fue la de una ausencia que llevaba mi nombre». Se sonríe con agradecida sorpresa por el simple hecho de escucharlo en unos labios nuevos. Recuerda que se la inspiró el dato objetivo de que su padre errara en unos días el certificado de su fecha de nacimiento, en El Cairo, en abril de 1912; pero conviene en que, más allá de obtener con esa frase una imposible síntesis biográfica —su marcado origen sefardí y su condición de francófono errante, vecino (desde 1956) de un París cuyas calles «tienen las niñas de los ojos empañados», y en donde «los viandantes se entremezclan y se separan igual que sombras de aves desnortadas»—, su epitafio de partida da de lleno en sus fijaciones poético-vitales: «La ausencia que se nombra —dice Jabès— es lo que iguala la forma al contenido de la obra. A veces se explicita y a veces se sugiere en el fragmento en blanco de la página, y son intercambiables. La ausencia —ánima y anatomía del libro— es

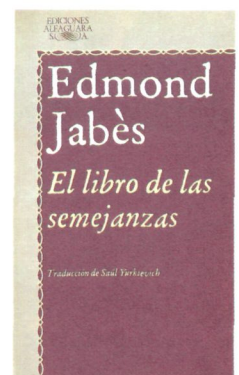
el lenguaje pleno, que anula las funciones del lenguaje: es metalenguaje en carne viva».

—*La sinagoga y el desierto son dos espacios recurrentes en su poesía. ¿En qué sentido se articulan esas dos metáforas de su origen desdoblado, como sefardita nacido en Arabia?*

—No son metáforas, ni siquiera emblemas de identidad, sino entidades orgánicas, cuya contrastación me proporcionó, además, mis primeras intuiciones literarias. Durante mi adolescencia, en Arabia, yo escapaba al desierto, ataviado sólo con una manta, y pasaba días enteros escuchando sus sonidos. Para mí era el contrapunto perfecto de la sinagoga, cuyo bisbiseo, la procesión de la salmodia monótona, ciega la palabra. Lo que allí en balde se buscaba, a través de la oración, se hallaba en el desierto: el único lugar que he conocido en que el ruido no es el ruido; donde permanece la esencia del silencio hablado, la memoria impresa.

—*Usted define la realidad como «vocablo convocado» y está convencido de la corporeidad de las palabras. A partir de esa correspondencia que se halla en la base de su obra, ¿cómo llegará, de un modo más global, a advertir la irreductible organicidad del libro? ¿Cabe inferir una traslación de aquel formato-desierto al formato bíblico?*

—Hay, originariamente, influencias literarias que me orientan en ese rumbo, y una de las más importantes es sin duda la que me enseña a no dejarme doblegar por las influencias. A mis dieciocho años, cuando yo estaba imbuido por los simbolistas y parnasianos franceses, fue revelador el conocimiento de la obra de Max Jacob y su precepto radical acerca de que el escritor sólo se debe a sí mismo. El descubrimiento de que, por encima de todo, hay que asumir la propia diferencia y no hacer concesiones, fue un espaldarazo clave en aquellos años titubeantes. Ese legado, junto a la obsesión de Mallarmé por el libro total, conforman mi primera consciencia poética; son las *metainfluencias*, que me ayudan a asimilar mejor otras identificaciones más abiertas: Verlaine, Baudelaire, Rimbaud... Ahora bien, en el fondo ese doble





J.-M. ULLÁN Y E. JABÈS
(MADRID, OCTUBRE 1990).
[FOTO: MANUEL FERRO]

legado es una escuela de prevención: una *contrainfluencia* o desalojo, en la medida en que propone la propia voz a la búsqueda del *libro total*, que, claro, es sólo eso: un proyecto, pues ningún libro, como, por lo demás, ninguna empresa humana, termina de ser consumada. En cuanto a la traslación del formato-desierto al formato-libro, que puede ser una lectura válida del itinerario reflejo de mi poesía, he de remitirme necesariamente al problema de lo sagrado y, en última instancia, a Dios, que es a la vez el tema y la sutura secreta de mi obra. Es decir, hablar nuevamente de la ausencia escuchada; pues Dios no es sino su ausencia, el vacío pletórico. Una de las cosas que a mí más me han fascinado es la comprobación de la ausencia de Dios en beneficio de la palabra de Dios. El no es ni más ni menos que su propia palabra despojada.

—Usted dice que «el libro es obra del libro», y habla de su palabra específica, ucrónica o extemporánea, que es a un tiempo anterior y posterior a la palabra expresa. ¿Podría abundar en ello?

—Ciertamente, el libro tiene su propia organización y su propio ritmo, y el escritor no debe interferir en él, sino adecuarlo. El libro funciona en realidad como un ser humano, y, para decirlo de una forma trivial, pero muy gráfica, del mismo modo que nosotros no salimos a la calle con cuatro chaquetas y tres pantalones, sino con una única indumentaria, el libro exige su propia economía de medios. Yo hago y rehago siempre un sinnúmero de versiones, pero al mismo tiempo es necesario escuchar, oír al libro, y hallar ese punto en que es él mismo: desalojar todo aquello que no es él. No se trata de restituir su caos

inicial sino de contenerlo en su pleno desarrollo. Para ello, el escritor debe desprenderse de las palabras superfluas: su palabrerío inflacionario, exterior, y estar atento a las que el libro desecha.

—¿Qué valor le da a la superación del género literario? *El intercalado entre poesía y pensamiento, verso y prosa, monólogo y diálogo, totalidad y fragmento...*, ¿no se corresponde con la mítica disolución de las fronteras, geográficas y temporales, ya desde su propia carta de ciudadanía?

—La transgresión de los géneros refuerza el itinerario hacia esa meta utópica del libro absoluto. Es evidente que todo se relaciona, y los móviles y la forma de mi obra están estrechamente vinculados a mi origen, a la vez cruzado y en perpetuo desarraigo. Comenzando por lo más técnico de su pregunta, el frecuente uso del diálogo es una exposición del modo con que opera el pensamiento: pensar no es otra cosa que un diálogo con nosotros mismos. En el libro significa [se refiere ahora Jabès, de un modo más concreto, a *El libro de las preguntas*, que acababa de salir esa misma mañana a los escaparates de las librerías españolas] el cruce de dos voces: una que se encuentra en el tiempo, y la otra, que se halla afuera; una que representa lo más antiguo de una historia, personal o colectiva, y formula las cuestiones con extraordinaria simpleza, y la otra, que representa lo contemporáneo, lo que acaba de germinar y, por tanto, compulsivo, informe todavía, sus cuestiones se complican...

—... *La fusión de pensamiento y lírica ¿presupone un vínculo entre filosofía y poesía?*

—Yo no lo creo así. Ciertamente, el pensamiento y la lírica permanecen enraizados en un mismo

tronco. Suelo utilizar el símil de que son como dos hermanos siameses separados sólo por la cabeza. Pero no ocurre lo mismo con la filosofía y la poesía; por más que originariamente compartieran algún substrato común, éste pertenece ya a la prehistoria. En la génesis histórica son radicalmente opuestos, pues la filosofía proviene de la filosofía, mientras que la obra de un escritor —una verdadera obra de creación literaria, claro es— nace con el mundo.

La entrevista con Edmond Jabès se produce justamente en el ecuador del conflicto del Golfo Pérsico. Hace cerca de tres meses que se inició y dentro de un plazo similar —trece días después del fallecimiento del poeta— estallará la guerra. Interlocutor privilegiado, dada su condición de árabe y sefardita, se hacen peculiarmente atractivos, en este contexto, sus habituales signos de independencia. Con la salvedad de que Jabès ha mostrado siempre un sentimiento de «repugnancia visceral» hacia toda grupalidad y enraizamiento, la invitación a tomar posiciones políticas resulta inevitable.

—Para contestar, he de aclarar primero mi punto de partida. Personalmente, tengo la impresión de no poder existir más que al margen de toda pertenencia, y creo que esa *no-pertenencia* es lo que me acerca a la esencia del judaísmo y, en general, al destino judío. Yo he sido muy crítico con la pretensión del Estado de Israel de asumir todo el judaísmo: resulta tan utópica como la querencia del judaísmo mundial de anexionar a Israel. Ahora bien, no hay que olvidar que la creación del Estado judío fue la manera que tuvo Occidente de lavar su mala conciencia. Es decir, surgió ya estigmatizado, con esa mácula justiciera. Esa es mi doble consideración en cuanto a su origen. Pero, a estas alturas, lo que prevalece es un conflicto entre dos pueblos que, se ha visto, no ha podido ser resuelto a través del diálogo. Ambas partes han sido mutuamente díscolas. Por un lado, los propios palestinos, cuyas actuaciones arbitrarias han

propiciado, torpemente, que se cargara de razones la derecha israelí. No han sabido aprovechar los serios intentos mantenidos en los últimos años por la izquierda israelí de entablar un diálogo sincero; y lamentablemente, a raíz del conflicto del Golfo Pérsico, los palestinos han preferido confiar en Saddam Hussein antes que en sus propios partidos.

El drama del holocausto judío está presente, como una abismada implosión, entre sus páginas. Autor de más de veinte volúmenes cuajados de rumores metafísicos que, en cambio, tienen cuerpo —son respiraciones orgánicas—, Jabès acababa de legar 35 cajas repletas de manuscritos de desecho (como si fuesen cuerpos exterminados pendientes de su propia vida) a la Biblioteca Nacional de París.

No alcanzó a ver publicada la segunda parte de la versión castellana de *El libro de las preguntas*, que la editorial Siruela tiene previsto sacar a la luz a mediados de este año. En él, hablan esos «dos siameses» —el pensamiento y la lírica—, que, al contorsionarse, van secundando a los personajes reales, de carne y sílaba. Entre un corolario de voces sabias y extemporáneas, que el poeta llama «rabinos imaginarios», sobresalen las palabras desgarradas de Sara y Yuquel, joven pareja fatalmente truncada por el holocausto, que ejemplifica el declive del amor.

«Ella ha perdido la razón, y él entonces se suicida, porque no está dispuesto a dejarse exterminar por la locura. En el centro», explica Edmond Jabès, «se halla Auschwitz, y no es ninguna metáfora: yo creo que después de Auschwitz las palabras ya no son lo mismo. La palabra ha sido estigmatizada, históricamente herida. Yo veo esa herida verbal, que es al tiempo material, y es esa herida lo que he tratado de describir». Δ

Edmond Jabès

Le Seuil
Le Sable

Poésies complètes
1943-1988



grf

Poésie/Gallimard